JORGE FERNÁNDEZ, *Los que viven por sus manos*. Novela inédita.—Quito, 1943.

Con esta novela participó Jorge Fernández en el Segundo Concurso Nacional promovido en 1942 por la casa editorial Farrar & Rinehart, de Nueva York. El jurado calificador distinguió con una mención honrosa a esta novela, entre otras de valor altísimo indiscutible, como *Los hijos*, por Alfonso Cuesta y Cuesta, *Las cruces sobre el agua*, por Joaquín Gállegos Lara, *El continente de la esperanza*, por Demetrio Aguilera Malta y *Prometeo*, por Humberto Salvador.

Fernández, mi compañero de generación, me hizo la entrega de los originales de su novela, en emocionado intercambio de nuestros últimos libros. He conocido al fin su novela. Entre los muy sugestivos títulos participantes en dicho concurso, éste de su novela, *Los que viven por sus manos*, me subyugaba precisamente por habérsele tomado del árbol de las Coplas de Manrique, árbol de fruto musical amargo de nuestra lengua. Diré simplemente, sin pretensiones de crítica académica, que la novela de Fernández me ha conmovido. Conmoción que sólo me producen los grandes libros que han latido en mis manos, en mi frente, en mi corazón. Me ha conmovido esta novela, porque en ella, por vez primera en el Ecuador, se nos muestra en su total desnudez dramática la vida de nuestra clase media. Argumento sencillo, claro, elemental, el de tal novela, como sencillos son y claros y elementales los destinos de quienes somos carne de la carne de esta clase vital — empleando el adjetivo que le es tan caro a Fernández. Una fatal unión, un choque fatal más bien, de dos familias inscritas en ese registro lúgubre de la burocracia ecuatoriana. Por debajo las sutiles capas de pobreza tremenda y de lastimero orgullo de esas dos familias, bramando el río tumultuoso de las pasiones, de las taras, de los vicios, de la desesperación. Lo que equivale, confinando el drama de toda una clase de veras lúcida en el campo del vivir político nacional, a una fuerza desorbitada, ciega, royendo los cimientos de su propia esperanza.

En cuatro libros se halla el contenido, quiero decir la sangre y espíritu de esta novela imponderable de Jorge Fernández: "Sobre una ruta deleznable", "De oscuro dolor brotada", "Amargo sabor el de la Tierra" y "Sin embargo, hay que vivir"...

Al devolverle a mi compañero los originales de su novela —610 cuartillas—, le he ofrecido el concurso de mi entusiasmo editorial para su más pronta publicación. Porque tengo la evidencia de que *Los que viven por sus manos* merecerá de la verdadera crítica literaria americana —sin tratar de empolvar las supremas reputaciones de nuestra novelística— una consagración total. Porque Jorge Fernández, escritor de mi generación, ha realizado la primera novela ecuatoriana de acento universal, una novela de equilibrio perfecto. El drama tremendo de nuestra clase, o la fuerza humana de la novela, a la altura de la fuerza de su verbo artístico. Una novela perfecta, como brotada de la tierra, como árbol mayúsculo con

sus raíces, ramas y yemas totales, como producto de la tierra en que nada falta ni nada sobra para su destino.

AUGUSTO SACOTTO ARIAS,
Quito, Ecuador.

ENRIQUE MOLINA, *Las cosas y el delirio*.—Buenos Aires, Editorial Sud-americana, 1941.

En *Las cosas y el delirio*, Enrique Molina —premio Martín Fierro en 1941— nos da una poesía poderosa. Al reunir muchos detalles vívidos, por lo general desunidos, ha podido crear en cada poema la impresión de pesimismo, de incertidumbre o de tristeza. Se nota una melancolía contemplativa y casi resignada en “Esos reflejos solitarios...” y una brutalidad atormentada en “Descenso al olvido” y en el número seis del grupo titulado “El día y la noche”. “Las cosas” son las cosas de la naturaleza, fuertes y permanentes; “el delirio” es la vida humana, o la mente humana, endeble, temporal e incierta. La naturaleza parece tener la solución al problema de la vida humana, pero “no es bueno de los hombres preguntarlo”. A veces los detalles desunidos aparecen como se ven las cosas en un sueño, y el lector se siente perdido en el mundo sonámbulo que el poeta ha creado. Por todo el libro se halla la preocupación de la muerte. Casi todos los poemas tratan de un cadáver real o imaginado. Le gusta al poeta imaginarse las sensaciones de los ahogados en el fondo del río o de los cuerpos enterrados debajo de la tierra. A menudo abusa de los detalles excesivamente naturalistas. Otras veces le gusta imaginarse que su cuerpo se derrite. Cuando está tendido en la cama, le parece que sus miembros se licúan y su cuerpo se disuelve.

Las imágenes de Enrique Molina no tratan las cosas convencionalmente bellas, sino muchas veces objetos ordinarios o aun repugnantes, vistos con una mirada nueva e imaginativa. Y su maestría mayor está en el dominio atrevido de la adjetivación:

He ahí el extraño río, con su corona de perezosas músicas
y líquidas canciones;
con sus verdes lluviosas espaldas y la pesada barba;
cruzando bajo los puentes ateridos,
moviendo los hombros majestuosos,
mientras empuja con sus fluviales, taciturnas manos,
las goteantes barcazas;
viendo pasar —monótono— sus obstinados ojos de petróleo.

Puede decirse también que sus símbolos favoritos son los propios de la vida de un puerto: el mar, el río, el viento, la lluvia, la niebla, las orillas, los muelles, los barcos, las palomas y los ahogados. Siempre se percibe en el fondo de la poesía de Enrique Molina la ciudad de Buenos Aires, como un escenario vivo y rico.